

Vigesima Conferencia. 3 de diciembre de 1917.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

Hace ya tiempo que soy deudor de una información que insinué varias semanas atrás y que he venido postergando porque se trata de un asunto que presenta algunas dificultades para mí y para mis oyentes. No abordo con gusto este tema, pues, en los últimos siglos parece un tanto desacreditado. Sin embargo, tengo que hablar francamente de ello. Me refiero a la homosexualidad, término que designa la inclinación de los seres humanos hacia individuos de su mismo sexo. Existe la costumbre de poner a la homosexualidad en contraste con la heterosexualidad, que es la inclinación hacia individuos de sexo diferente, y se cree que hay entre ambas diferencias radicales. No es verdad; es un error. Al considerar este problema debo adelantar algunas opiniones bastante extrañas, que habrán de resultar sorprendentes a quienes nunca se han preocupado de esto. Unos consideran el asunto como una vergüenza; otros juzgan la homosexualidad como si fuera algo enfermizo; todos están equivocados. El que no se le pueda considerar tan a la ligera como algo vergonzoso, es cosa que debería resultar evidente para todo aquel que haya abierto alguna vez un libro de historia. Los griegos, por ejemplo, no sólo practicaban la homosexualidad, sino que hasta la habían reglamentado legal y públicamente; incluso su religión se basaba en la homosexualidad. Mientras que los pueblos nórdicos y las tribus germánicas castigaban con penas severas la inclinación por seres del mismo sexo, muchos pueblos del Sur no imponían por ella pena alguna. En Italia, donde las representaciones de la Antigüedad se han mantenido durante más tiempo, es bien conocida; tampoco se castiga el incesto. En el tiempo de la unificación de Italia, Sicilia se negó a adherirse a la unión en caso de que se hubiera incluido en el código penal la condena del incesto, porque el pueblo siciliano, íntegramente, habría entonces debido ir a la cárcel.

Por lo que atañe a la homosexualidad no es justo, desde luego, ver en ella un estigma vergonzoso, ya que de este modo se condenaría a innumerables seres humanos, incluyendo algunos de los mejores que hayan existido jamás, Recordemos entre otros a Sócrates y Platón. Y lo mismo ocurre con respecto a quienes opinan que se trata de una enfermedad. En determinadas circunstancias, la homosexualidad puede ser una vergüenza o una enfermedad, pero en general cabe observar que la inclinación y el acto homosexuales no son un signo de patología alguna, sino que existen y seguirán existiendo en todos los seres humanos y nunca se extinguirán. Una parte del mundo se basa en ellos; procuraré demostrarlo. Hay un punto sobre el que querría llamar ahora mismo la atención, y es el de que en todo esto hay algo injusto.

Veamos otro hecho aun más curioso. Más o menos dos años antes de la guerra se planteó el problema de saber si el famoso apartado 175 se debía extender también a las mujeres. Entonces una de las sufragistas -que es de derecha y que se cuenta entre las mujeres más devotas- alzó su voz y escribió un vibrante artículo en *Kunstwart* para decir que ya era una desgracia que el apartado 175 se extendiera a los hombres y que, si también llegara a extenderse a las mujeres, representaría una gran desgracia social. Tenía razón, pues el mundo femenino quedaría totalmente desmantelado. La mujer no puede sustraerse a la realización de esas acciones homosexuales; da vida a una niña, la alimenta y se ve obligada durante toda la vida de la criatura a realizar con ella actos de indudable contenido sexual; tiene que hacerlo; no hay forma de eludirlo. La idea de ponerlo de manifiesto ante los tribunales supondría un golpe mortal para la mujer; estimularía una

hipocresía de consecuencias imprevisibles, poniendo de manifiesto que lo esencial del problema no consiste en saber si se trata de una perturbación enfermiza o de un vicio. En ocasiones éste puede ser el caso pero no es así necesariamente. No se sospecha hasta qué extremo se encuentra difundida la homosexualidad. En cuanto a las mujeres, no es posible establecer cifras; y en cuanto a los varones, no hay quien sepa ni aun sospeche su tremenda difusión. Hay una anécdota que da mucho que pensar. Un día, Schweninger dijo a Bismarck: “Os engañáis, y clamaríais al cielo si conociérais el número de homosexuales que tiene la policía de Berlín”. Puttkammer fue a informarse, regresó luego ante Bismarck y dijo: “Me ha sorprendido que en la lista no figurara también mi nombre”.

Me agradaría también eliminar de raíz un error notorio y ampliamente difundido.

Frecuentemente se cree que quien siente inclinaciones homosexuales o realiza una acción de este tipo, debe sentir aversión por el otro sexo. No es así. La mayor parte de las personas que se entregan a prácticas homosexuales son tan normales en la vida sexual como los demás e incluso experimentan la misma inclinación que éstos hacia el otro sexo. Hay personas que durante toda su vida parecen tener únicamente sentimientos homosexuales; digo con toda intención que “parecen”. Pero tampoco esto es exacto; en el fondo también estas personas sienten realmente una inclinación semejante hacia el sexo contrario que hacia el propio. Todo ser humano tiene inclinaciones y necesidades homosexuales. Desde luego puede dejarlas a un lado, o quizás expresarlas por una vía diferente a la del acto sexual; pero de todos modos están ahí. Pienso que es un error afirmar que la vida sexual es sólo un conjunto de conductas realizadas con los órganos denominados sexuales. Si se desea llegar a comprender medianamente este problema hay que desprenderse de afirmaciones que ponen a la vida sexual en relación únicamente con los órganos sexuales, porque de hecho la vida sexual abarca íntegramente al ser humano. Cada nervio y cada célula son órganos sexuales con los que el ser humano siente sexualmente. Sólo durante un período muy breve de la vida entran verdaderamente en acción los órganos genitales; el resto del tiempo, éstos ni siquiera se ven especialmente implicados. Hay que tener esto muy presente si se quiere lograr alguna comprensión. Y también hay que tener presente que existen períodos de la vida humana en que la región genital pasa al primer plano, y otros en que permanece en último lugar. Después de esta introducción desearía volver a la afirmación de que todos los seres humanos son homosexuales, y voy a destacar aquí qué es lo que lo explica.

No existe un solo individuo humano que sea exclusivamente varón o exclusivamente mujer. Toda nueva criatura humana se compone de elementos de su padre y de su madre. Cada varón debe tener inclinaciones femeninas y masculinas, y lo mismo cada mujer. Es necesario que sea así, a no ser que se pretenda generar a los seres humanos a partir de un único ingrediente productor. Con esto queda aclarado todo el problema ya que si una parte del hombre es femenina, el hombre no puede impedir que esa parte se manifieste siquiera una vez, que tenga pulsiones y experimente el deseo de complementarse con otro hombre. Y la mujer no puede impedir que lo que en ella hay de varonil se sienta atraído por la mujer. Si esto es exacto -y lo es-, entonces queda explicado otro fenómeno sobre el que ya he llamado la atención: el amor a sí mismo, que se nos revela a través de acciones sexuales absolutamente evidentes, no sólo en ideas y fantasías, sino también en tocamientos y juegos con los órganos sexuales. El amor a sí mismo, en el que todo se fundamenta y sin el cual no serían posibles un gesto ni una palabra, está condicionado por el hecho de que somos al mismo tiempo hombre y mujer, de que ambos polos suelen estar en reposo en nosotros, pero hay momentos en los que se remueven, en los que se intensifica la atracción de los polos masculino y femenino, dando lugar entonces a una acción sexual real, o a una represión de la misma que casi siempre, o muy a menudo, tiene consecuencias que cristalizan en una enfermedad. La forma en que esto ocurre puede ser muy variada, según el ser humano en el que se desarrolla el conflicto y según el grado de excitación. Si ambos polos están tranquilos, el ser humano permanece realmente indiferente para consigo mismo y para con los demás; pero cuando se excitan, aparece la tendencia hacia el otro sexo.

Paralelamente, siempre hay emociones que se manifiestan homosexualmente. Muchos de ustedes podrán decir que esto no corresponde a la realidad, ya que, observando a la gente, se advierte que las prácticas homosexuales son infrecuentes. Pero se ha de tener en cuenta que los actos sexuales no se realizan en público; las personas no se acuestan juntas en la calle sino que para hacerlo se retiran a su

dormitorio: el amor se oculta. Si el famoso demonio conyugal volara sobre las casas y levantara los techos, entonces veríamos que las conductas homosexuales no son más raras que las heterosexuales. Tampoco se trata de las conductas sexuales propiamente dichas, que son relativamente raras y secretas, lo cual se explica por nuestros condicionamientos sociales. Si se observa a los niños, todos tenemos oportunidad de observar comportamientos homosexuales. Para los niños no existen los límites que nosotros nos hemos impuesto. Nosotros siempre levantamos barreras y encarcelamos a las pulsiones, de manera, pues, que ya no puede verse con claridad hasta qué punto se encuentran difundidas estas prácticas sexuales. Cuanto más retrocedemos en la infancia, más abierta y claramente las encontramos. En los niños no se da lo que llamamos coito, salvo raras excepciones. Los más extraños intercambios sexuales que se puedan imaginar -las presuntas perversidades- se encuentran en plena floración entre los niños. Al principio llamé la atención sobre el hecho de que las madres frotan inevitablemente a sus hijos los órganos sexuales, llevándoles a proporcionarse autosatisfacción. Tienen que hacerlo así cuando asean a los niños, porque la naturaleza ha puesto suciedad en las partes sexuales. Si la acción tiene lugar entre madre e hijo, no es homosexual; pero si ocurre entre madre y niña, entonces sí es un acto homosexual. Es un ejemplo típico de acciones homosexuales entre adultos y niños. Los muy conocidos juegos sexuales del trompo, la cuerda, jugar a maestros, jugar a médicos, etcétera, ocurren por igual entre niña y niño, entre chico y chico y entre chico y chica; las diferencias de sexo no significan absolutamente nada en tales casos. Y cuando los niños advierten estas diferencias, no les conceden crédito. Una niña pequeña no cree que las chicas seguirán siendo siempre chicas, y el muchacho no cree que se trate de una niña pequeña y que siempre deberá seguir siéndolo. Ustedes habrán advertido ya que no son frecuentes los casos en que los hombres desean ser mujer, mientras que sí lo son aquellos otros en que las mujeres desean ser hombre. Pero esto no es del todo exacto. Si se pudiera ver el interior de un hombre, se comprobaría que a menudo siente el deseo de ser mujer y que en el fondo de su fantasía sueña con serlo. Si se pudiera conocer la vida amorosa de los seres humanos, se vería no obstante confirmada la afirmación de que es mayor la inclinación de una chiquilla a ser muchacho que lo inverso. Las niñas no aceptan tener que vivir siempre sin el complemento que tiene su hermano; creen que cuando crezcan también ellas tendrán, necesariamente, un pequeño apéndice como el de su hermano. Tienen la dolorosa sensación de estar incompletas; desean crecer, desean llegar a ser un muchacho. Y, asimismo, el hermanito no cree que su hermana sea una criatura diferente; su idea es la de que únicamente se trata de que ella sea demasiado pequeña; más tarde le crecerá aquello. El hecho de que las niñas tengan el deseo de ser muchachos, es una idea que tiene gran influencia en su vida y de ella derivan rasgos de carácter que les son necesarios a toda mujer verdadera. La mujer por su parte debe tener también el deseo viril de estar por encima, no únicamente debajo.

Consideremos los términos “inferior” (*unterlegen*: literalmente, tendido debajo) y “superior” (*überlegen*: literalmente, tendido sobre, encima): nos revelan el secreto de las recíprocas relaciones entre ambos sexos. El hecho de que, con carácter general, las niñas creen que se van a convertir en muchachos permite comprender que para el pequeño las diferencias sexuales sólo existen en la medida en que advierte una carencia, una falta; pero no reconoce la diferencia, porque no tiene un conocimiento cabal de las relaciones sexuales y porque no comprende que tenga que haber dos sexos. Desde luego, los niños advierten diferencias entre padre y madre, pero durante la infancia pueden coexistir perfectamente dos formas de pensar disociadas y contradictorias, sin dejar de parecer igualmente exactas. Los niños saben que el padre es varón y la madre es mujer, y que se distinguen por sus órganos sexuales, pero sin embargo están convencidos de lo siguiente: “mi hermanita también lo tendrá un día; si no lo tiene, es porque Dios ha querido castigarla e impide que eso crezca”. A las criaturas les es fácil aceptar su bisexualidad y sentirse sexualmente orientados en ambos sentidos, sin hacer a este respecto diferencias importantes. Progresivamente va apareciendo la diferenciación sexual; y poco a poco se va produciendo una elaboración de la pulsión sexual, hasta que se hace decisivo el sentimiento de amor hacia el sexo contrario o hacia el propio sexo. Las razones de ello no son innatas, sino que se basan en acontecimientos que han intervenido en la vida. Si se quiere calificar de anormal a la homosexualidad pura, entonces también habría que calificar de anormal a la heterosexualidad pura, porque la mayoría de las personas son bisexuales. El miedo a ciertas prácticas sexuales tiene que ver con nuestras concepciones eclesiásticas. La Iglesia sólo pudo emprender su marcha triunfal en el mundo trastocando uno

de los fundamentos más sólidos de la Antigüedad: el principio según el cual la amistad entre los hombres es una cosa esencial en el mundo. En esta concepción fundamental se apoyó la Antigüedad, y sobre ella se ha constituido todo aquello de lo que nunca más hemos sido capaces. Jamás hemos vuelto a conocer un desarrollo tan grande del arte y la filosofía; en todo cuanto se relacione con la fantasía somos infinitamente inferiores a los griegos. Ya no logramos elaborar mitos, e incluso somos inferiores a los pueblos primitivos. Tenemos que reconocer que esta carencia puede compensarse eventualmente, que hemos realizado algunos progresos en las ciencias naturales y en la técnica; pero también sabemos que hay una cosa de la que ya no somos capaces desde hace mil ochocientos años: crear una religión viva y un mito.

Ninguna religión, ningún mito pueden ya nacer de los empobrecidos cerebros europeos, ninguna imagen del mundo que vaya más allá de lo inmediato cotidiano. La iglesia cristiana, para obtener la posibilidad de una victoria rotunda sobre el paganismo, atacó a éste en su punto sensible: la amistad masculina. A la femenina no tenía nada que objetarle; por entonces las mujeres carecían de influencia determinante en este mundo: sólo recientemente han pasado a tenerla. Y también últimamente se ha intentado atacar a la homosexualidad de la mujer. Si esto llegara a conseguirse se abrirían de par en par los cauces a la hipocresía más feroz.

La bisexualidad del ser humano sigue estando presente después de la pubertad; ya no se manifiesta activamente porque ha sido extirpada de nuestros deseos y de nuestras maneras de pensar. Pero no se ha dejado extirpar por completo: vuelve a hacerse presente cada vez que dos hombres se dan un beso. Esto es usual en Rusia. Entre nosotros hay mucha gente que, viéndolo, siente náuseas o se avergüenza. Hasta tal punto se llega en esto, que un hijo varón considera una vergüenza que su padre lo bese, y a la inversa. También entre las mujeres hay algunas que no pueden soportar el beso de otra mujer. Como saben que un beso es un acto sexual, como consideran que un beso es algo condenable y anómalo, no pueden soportar que dos personas del mismo sexo se besen. Y sin embargo el deseo está ahí aunque reprimido. Una sensibilidad tan exagerada sólo es una muestra de enfermedad, y además, como toda aversión, revela que alguna vez con anterioridad hubo una fuerte inclinación hacia el propio sexo. Todos los que sienten esa repulsión, ese asco, sintieron antes, alguna vez, una gran pasión por alguna persona de su mismo sexo. Siempre que he intentado descubrir de dónde proviene una aversión semejante hacia la homosexualidad, he podido comprobar que en cierto momento existió una fuerte inclinación homosexual, y que todavía subsiste aunque se la niegue.

Antes de continuar con este tema me gustaría llamar la atención sobre lo siguiente: ¿en qué se convertiría el mundo si no existiera la amistad? He aquí un habitual tema de discusión: ¿existe amistad entre hombre y mujer? La amistad de hombre a hombre es tan sexual como el amor del hombre hacia la mujer; sólo hay una diferencia de intensidad en la pasión y en sus manifestaciones; pero aparte de eso, es la misma historia. Todo el mundo ha podido comprobar que es absolutamente lo mismo con ocasión de estos dos años de guerra. Lo que veo en las calles, lo que descubro cuando hago preguntas, demuestra que dentro del ejército se practican relaciones sexuales en un altísimo grado; de no ser así, los seres se destruirían por las toxinas producidas en su propio organismo. Los límites de las leyes son tan estrechos, que la humanidad correrá necesariamente a su perdición si no hacemos el esfuerzo de descubrir normas éticas que nos permitan un comportamiento más libre. Todo individuo produce sustancias orgánicas y espirituales que actúan como toxinas y deben ser eliminadas; cuando se eliminan se experimenta un placer sexual. En un momento determinado, la naturaleza se procura necesariamente esta satisfacción; si se impide esto, entonces surge una enfermedad. Y ya que he enfrentado el tema de las toxinas, no querría que se me comprendiese mal. No porque alguien sea abstinentes y no mantenga relaciones sexuales caerá enfermo. Tal vez no enferme durante años. Pero al fin llegará el momento preciso en que deberá tener su satisfacción; si entonces lo reprime, se sentirá afectado; y si no encuentra la salida adecuada, entonces caerá enfermo. Tampoco hay que entenderlo en el sentido de que las sustancias sexuales producidas en el organismo necesiten una descarga de vez en cuando y deban ser eliminadas. Tanto el organismo de la mujer como el del hombre producen continuamente determinadas sustancias sexuales; si éstas no se emplean en la comunicación sexual, simplemente son reabsorbidas por el propio organismo o eliminadas, como por ejemplo el jugo gástrico, el jugo intestinal, o la sangre. No debe creerse que si regularmente no hubiera una descarga, el ser humano estaría caminando por fuerza hacia su

perdición. Pero sí es cierto que hay momentos en los que no es posible reprimirse. Y se trata de momentos que se extienden a lo largo de toda la vida del ser humano y desde el instante mismo de la fecundación, el ser humano es una criatura sexual, y continúa siéndolo después.

La homosexualidad adquiere muchas trascendencia en nuestra época porque se presenta como una de las grandes dificultades de la vida. El ser humano tiene inclinaciones homosexuales, y además las pone en práctica, tanto de chiquillo o chiquilla, como de mujer adulta o adolescente, y también en la edad del pavo y como hombre adulto. Su mera inclinación lleva ya la carga de la más viva maldición, de cosas hondamente sentidas y que en ciertas circunstancias pueden destruir una vida. Los seres que aparentemente tienen una sensibilidad puramente homosexual carecen de este tipo de dificultades. La mayor parte de las personas tienden a considerar lo que ellos mismo hacen como absolutamente lícito; todos están convencidos de hallarse oprimidos por el resto de la sociedad. Lo único que les inquieta es el miedo a la cárcel. Las mujeres no entran aquí en consideración. Los homosexuales estiman que están en su derecho y se sienten muy por encima de los demás, cosa en la que no se equivocan del todo. Los homosexuales puros han llevado a cabo buen número de hazañas asombrosas, de logros intelectuales superiores al término medio. No son ellos quienes se sienten oprimidos; tampoco los bisexuales tienen este sentimiento. Los que querían ser exclusivamente heterosexuales, son los que se destruyen en su intento de reprimir radicalmente una parte de sí mismos y son ellos quienes enferman por haber emprendido una tarea imposible. Imposible, porque están constituidos por aspectos tanto masculinos como femeninos. Todo el que intenta suprimir las pulsiones sádicas o masoquistas, o la inclinación hacia los animales o hacia personas del mismo sexo, o las inclinaciones autoeróticas, cae enfermo. Todo lo que llamamos perversión, todo lo que puede llevarnos a cometer excesos, se halla inevitable y fundamentalmente presente en cada ser humano. Si a pesar de todo alguien logra reprimir sus inclinaciones homosexuales, cuando examine su situación con calma descubrirá que ésta falla por algún lado. Realmente sería preciso hacerse ermitaño y cortar por completo toda relación con el prójimo, evitando también encontrar a todo hombre con el que pudiera intercambiar un apretón de manos o algunas cortesías. Ese individuo buscaría en la mujer a la mujer pura, sin comprender que no es posible hallar a la mujer pura ideal, por que ésta no existe. Si existiera, apestaría a tedio: sería una esclava, y él tendría que huir tanto del hombre como de la mujer y acabaría por tener que huir de si mismo, puesto que en sí mismo encontraría al hombre y a la mujer. Así que aunque lograre huir de todo el mundo, se llevaría consigo no obstante, su propio yo sexual en el que el yo-hombre entra en relación con el yo-mujer. Si aún intentara huir de esto, no le quedaría más remedio que el suicidio, lo que constituiría, además, una tentativa indirecta de autosatisfacción.

Querría decir en pocas palabras dónde y cuándo interviene en la vida la inclinación hacia la homosexualidad. Si el varón no sintiese inclinación alguna hacia el varón, no estaría en condiciones de estirar un brazo, ni de dar un paso. No podría estirar el brazo porque esta es una acción sexual simbolizada: la erección del miembro viril. Encoge pues el brazo, porque se trata de una acción sexual: la detumescencia del miembro. De igual modo, una mujer no puede abrir la boca si no siente inclinación por su propio orificio sexual, ya que la boca es parte sexual femenina que el hombre y la mujer llevan consigo y de la cual depende el habla. Los seres no se besan mutuamente por casualidad y se habla de los labios de la vulva y de los labios de la boca.

Todo cuanto acabo de mencionar acerca del movimiento del brazo y de los dedos, sobre la rigidez de la persona y su manera de andar, encorvada o tiesa; el hecho de que alguien sea gordo o delgado, o de que tenga mas desarrollado el lado izquierdo o el derecho: todo esto, en fin, son hechos determinados por la vida sexual, hasta tal punto que valdría la pena basar en ello una nueva ciencia. Apenas hace uno el esfuerzo de considerar estos signos, está ya en condiciones de precisar aspectos de la vida pasada y futura de la persona. Hay quienes han visto a otro apenas un segundo, e incluso sólo de espaldas, y me han podido decir sobre él cosas personales que yo había logrado entender a costa de un gran esfuerzo; adivinaban, por ejemplo, secretos o hechos, y me decían: “tiene que ser así, porque esta persona camina de tal o cual manera”. Las personas dotadas de esta capacidad que les permite extraer conclusiones del más ínfimo además, sufren enormemente y son objeto de burlas.

Tratándose de seres clarividentes, no pueden, los desdichados, explicarse este rechazo.

Ellos no lo dicen, pero yo lo advierto. Se les consideraría locos si lo dijeran; y entonces optan por apartarse del mundo social. Para estos seres no existen tapujos; perciben a través de las ropas y los hábitos, ven sin veladuras la imagen de Dios en Saís y no pueden soportar la vida; deben retirarse como ermitaños. Son seres casi siempre dotados de una necesidad de amor ilimitada, siempre se sienten heridos, y se aíslan.

Volver a Publicaciones Georg Groddeck

Volver a Newsletter 14-ex-40